BOLETÍN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO III.—SEPTIEMBRE-OCTUBRE, 1921.—NÚM. 5

MENÉNDEZ PELAYO

EN SU ASPECTO DE AMERICANISTA

I

Hubo un momento—que todos quisiéramos considerar como definitivamente pasado—en que fué preciso crear ambiente de fraternidad para las relaciones entre la España de América, que no por distante ha dejado de sentir un solo día el influjo fortificante de la colonización peninsular, y esta vieja España que tampoco ha dejado un solo día de tener su prolongación vital en el Viejo Mundo.

Pero ya nadie necesita que se le hable de aproximación y de lazos. Es más: nadie lo quiere. Estamos en el momento de que nuestra sensibilidad se afine y de que la mutua confianza cree una corriente de fecundaciones laboriosas.

El problema parece plantearse mal cuando lo hacemos dentro de recomendaciones demasiado definidas. Enviar profesores o traerlos; crear becas de gracia; fundar escuelas, unas de amor y otras de zoología; sostener publicaciones de índole obligada a la repetición del mismo caramelo: todo esto puede ser bueno, puede ser malo o puede ser indiferente. Tal vez acertaríamos viendo mayores desventajas que ventajas en el sistemático arraigo a un procedimiento inmutable. Pondría yo el ejemplo de cierta Universidad que se pretendió o se pretende fundar en Sevilla. El pensamiento es poco menos que una quimera. Afortunadamente, sin esa Universidad, Sevilla habrá de convertirse en centro de atracción para los americanos, ya desciendan éstos de vascos, ya de catalanes, ya de castellanos, ya de gallegos, ya de asturianos, pues todo el que ha nacido en América ve en Sevilla una patria distante, idealizada, representativa de la propia patria. No

se necesita forzar con los artificios del reclamo lo que nace del alma.

Tampoco encuentro convincentes las razones de quienes pretenden dar derivaciones prácticas al americanismo de España y al hispanismo de América. No; lejos de ello, hay que insistir en el sentido espiritual, que no es necesariamente retórico, de toda comunicación. Aun las notas de cancillería podrían hacerse gratas e idealistas. Las de corchos, aceites y vinos serán lo que puedan ser, y no hacen falta.

Nos hemos distanciado principalmente por incultura, y sólo por instinto tendemos a unirnos. Luego la intimidad puede ampliarse, perfeccionarse y consolidarse dentro de un orden conceptual positivo. La conciencia española,—y hablo de la conciencia española de ambos mundos,—nota la ausencia de solicitaciones para la curiosidad elevada. América no será mera productora de exotismos para España cuando España cuente como vida propia, de realidad palpitante, los tres siglos de su acción creadora en el Nuevo Mundo. Un falso método, ayudado por la pereza y sostenido sobre la base de una concepción lugareña, considera cuanto hizo España en América como una derivación episódica, bien pronto sustanciada. Escritores y pedagogos españoles la hacen objeto de un estudio rápido, que se da por concluído en cuanto queda agotada la lista clásica de los navegantes y conquistadores.

Recomendar el estudio de la historia de América como un frívolo tema de ejercicios verbales, convenientes para hacer buena figura intelectual, sería una falsa dirección. Lo que se necesita no es eso, sino hacer indispensable en el desenvolvimiento de todo espíritu cultivado una visión de España con una España no encerrada por mares, montañas y fronteras. En otros términos: debe arrojarse a la corriente de las ideas, para que circule, todo lo que fué movimiento expansivo de un pueblo que no cupo y no cabe dentro de su casa.

Tengo el más íntimo convencimiento de que se prepara un cambio de actitud colectiva. He dicho que la sensibilidad española se afina. Bien pronto exigirá que rehagamos la historia nacional, y que esto sea mediante un movimiento de acción coherente de peninsulares y americanos, para llegar a una síntesis que sea satisfactoria dentro de las condiciones trazadas por el objetivismo de la crítica.

Dispersos en un aislamiento de cabilas, entregados a las discordias civiles, cohibidos por el bochorno de las cuarteladas, unos y otros hemos olvidado colectivamente las grandes figuras y los grandes hechos del pasado común, aun cuando les hayamos asignado un sitio de honor en el desconocimiento.

Verdad es que los pueblos no viven del pasado, sino ante todo del presente y de las preocupaciones que llevan la gestación de lo porvenir. Pero interróguese a los hombres de las épocas fecundas, a los transformadores activos de pueblos, y la crónica de sus hechos

nos dirá si eran insensibles a la devoción filial del previsor más que piadoso Eneas.

Debo reconocer que lo desesperantemente arduo de la dificultad que ha de vencerse para entrar en una atmósfera de concordia fecunda, no está en España sino en América. ¿Cómo puede haber americanismo español sin hispanismo americano? Ahora bien: este sentimiento implica condiciones de realización más difícil que las indicadas respecto del americanismo de España en las líneas anteriores. La verdad es que España tiene que sobreponerse más bien a un desvío que a un prejuicio. Para ella, América es una cosa distante, vaga, que no interesa ni emociona. Pero América necesita sobreponerse a desvíos y prejuicios. El prejuicio antiespañol va a América por todos los caminos. Cada buque lleva un cargamento de material de guerra contra España: Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, que tanto influyen sobre la América Española, han hecho la cruzada antiespañola durante más de cien años. Y no están solas. Tienen un formidable auxiliar: España. Sí; España es la gran difamadora de España. No siempre por móviles bajos, no siempre sin razón dentro de las querellas internas, pero siempre con eficacia, los españoles mantienen un estado de alejamiento despectivo para España. El país clásico del atraso, a dos siglos de Europa, nivelado con Africa, inferior a América, ¿puede ser, en el mejor de los casos, algo más que un depósito de ruinas curiosas y de glorias muertas?

Pero hay otra cosa todavía. No cabe dentro de lo concebible una Gran España formada por la patria de origen y por Hispanoamérica sin que este grupo de pueblos deje de ser una masa desintegrada. Desunidas por la geografía, las naciones de la América Española viven aisladas o en estado de recíproca hostilidad. Los desiertos que separan a los pueblos, no solamente los aislan sino que son causas de litigios y de guerras. Fuera de las razones políticas, hay otras muchas que envenenan sus escasas relaciones. Lo que esos países poseen de vida autónoma, se emplea en inconducentes pujas de supremacía. Los grupos que tienen mayor proporción de sangre caucásica quieren bombrearse con Europa y desdeñan a los otros por indios o por negros. Las estadísticas de importaciones y exportaciones son siempre puñales que la hermana clava en las entrañas de las otras hermanas, demostrando así, con datos numéricos, una superioridad que se quiere hacer pasar gentilmente de las corambres o las piritas a las letras. Y en lo que esas naciones tienen todavía de coloniales, que es mucho, pues reconocen por metrópolis a Londres, a Washington y a París, la pugna entre ellas es de una acritud particular. Cada una quiere ser la más parisiense en París, la única bien cotizada en Londres, la exclusiva depositaria de la confianza del árbitro supremo en Washington. Y aun en Madrid, hoy que Madrid empieza a ser nuevamente metrópoli, de cuarta clase, para la América Española,

se cree un triunfo, por ejemplo, conseguir de este o el otro alcalde la sustracción de una lápida justamente decretada para honrar la memoria de Bello, en beneficio de un personaje político, respetable dentro de la estimación oficial, pero sin valor positivo para el conjunto hispanoamericano, que sólo podrá alcanzar una vida superior cuando se mueva desdeñando esta ruin estrechez de campanarios.

II

He dicho todo lo anterior para que no quede ninguna vaguedad en el sentido de la intención con que pretendo incluir a Menéndez Pelayo entre las grandes figuras del americanismo. Bien sé que para muchos de los admiradores inteligentes del gran crítico, podrá parecer poco menos que una impertinencia llamar americanista a quien se distinguió por el horror con que miraba las limitaciones de profesión o de afición. El humanista rechaza la especialidad por embrutecedora, y la rechaza más vehementemente aún por insincera, cuando el especialista debe revestirse de la capa pluvial del oficiante. El calificativo de americanista parecerá, pues, denigratorio, ya como incompatible con la dignidad intelectual de la alta crítica, ya como implicación de una actividad práctica que se confunde a veces con el ranear de los políticos.

Pero precisamente el americanismo considerado como solidaridad perfecta dentro de un orden superior, como dato inicial para la formación de una España Grande, no puede ser obra de especialistas ni de propagandistas, sino resultado de la acción libremente desarrollada por los investigadores y los creadores. Sin ellos no se concibe un movimiento de tamaña importancia.

Vistas de este modo las cosas, Menéndez Pelayo es el primero de los americanistas españoles. Los hubo antes que él, pero creo que nadie antes que él dió la fórmula del americanismo integral. De Menéndez Pelayo parte un sentido de la solidaridad que no se había actualizado en obra alguna. Se le anticiparon el eminente jesuita mallorquín don Raimundo Diosdado Caballero y el sabio naturalista colombiano don Francisco Antonio Zea, pero se le anticiparon como precursores y no como autores de una actualización en que aparezca el pensamiento de la unidad, muy distinto de la tesis práctica que se limita a buscar una aproximación aprovechando los datos de la realidad existente.

La *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* escrita por Menéndez Pelayo para el cuarto centenario del Descubrimiento de América, es un libro capital para España y fundamental para América. Aun cuando los festejos seculares no son siempre propicios para la crítica, ésta

hizo algunas de sus más brillantes conquistas en 1892. Puede asegurarse que de entonces data la historia del Descubrimiento de América, despojada de sus leyendas más engañosas. El libro de Menéndez Pelayo parecía llegar a su hora, como suele decirse. Pero si llegaba a su hora para la crítica, para el público llegaba con un adelanto de medio siglo. Era, en suma, uno de esos libros que, tal vez inconscientemente, van dirigidos a la posteridad, y que tienen como destino una renovación de las ideas. No había público para el libro de Menéndez Pelayo. No lo había en España, y no lo había en América. A fin de hacernos cargo de lo que esto significa, debemos considerar un hecho casi desconocido. La *Historia de la Poesía Hispanoamericana* es la mejor de las obras de Menéndez Pelayo, o por lo menos la que él conceptuaba mejor. Así lo afirma don Adolfo Bonilla y San Martín, quien declara haber oído tales palabras de los labios de Menéndez Pelayo. El público no castigaba, pues, una desviación poco feliz del escritor influyente y aclamado. Lo que pasaba era que la generalidad carecía de preparación para la lectura de esa obra, tanto por deficiencias del saber como por insuficiencias del entusiasmo. Nadie sentía lo americano en España. Nadie sentía lo americano en América, donde sólo había eco para lo puramente local, o si se quiere, nacional, dentro del concepto erróneo de las patrias hispanoamericanas.

«Esta obra es de todas las mías,—dice el autor,—la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad.» Tales palabras salieron de la pluma de Menéndez Pelayo en noviembre de 1910. Se trata de un hecho de actualidad para los que las leemos en 1921.

¿Y cuál era la actitud americana, según el mismo Menéndez Pelayo? ¿Tuvo allí esta obra la difusión que podía esperarse de su mérito y de la fama del que la escribió? «En América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada.» Más leída. Esto es indudable. Pero hay que decir que lo ha sido fragmentariamente, y que así se explica la falta de apreciación recta hasta hoy observada. Yo he visto al antillano abrir el libro en la parte antillana, y al chileno en la parte chilena. Naturalmente, el que sólo lee una obra por fragmentos tiene que juzgarla con parcialidad, sin ese amplio sentido de las cosas que es la primera condición para apreciarlas rectamente. Los lectores de esta clase llevan un interés demasiado restringido para tener un sentido de la justicia, que sólo es posible cuando sabemos abarcar grandes conjuntos.

¿Creeráse que Menéndez Pelayo tuvo que defender su actitud y su método en esta obra? «Quien la examine con desapasionado criterio,—sigue diciendo el autor,—reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte y sin ninguna preocupación...» ¿Un

hombre como Menéndez Pelayo necesitaba hacer un alegato para demostrar que escribía con celo de la verdad, con amor al arte y sin ninguna preocupación? Luego se le acusaba de preocupación. ¿Contra quién o contra qué? ¡Contra la verdad! ¡Contra los pueblos americanos! Cada lector veía atacado uno de sus pequeños dogmas o vilipendiado uno de sus pequeños dioses. A esto se llamaba la preocupacion del autor «contra los pueblos americanos». Sin embargo, el autor declaraba que no había tal preocupación. Deseaba la prosperidad de esos pueblos «casi tanto como la de su patria». Y decía con sincera expresión: «porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos». ¿Pero qué podía hacer él para impedir la voz de los hechos, voz pocas veces halagadora? «No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos». Considérese que el crítico tenía que historiar tiempos cargados de odio. Eran los tiempos, efectivamente, en que un Marqués de Mendigorría. nacido en América, declaraba su orgullo de no pertenecer a la raza de los criollos; los tiempos en que Fernández Madrid insultaba a España desde Londres; los tiempos en que Sarmiento llenaba sus libros de verbosos desenfrenos; los tiempos en que circulaban las abominaciones incoherentes de Ignacio Ramírez. Bien poco hizo Menéndez Pelayo para no arrojar la pluma y volcar el tintero sobre las cuartillas, dejando que América hiciera la historia de su literatura y que Espana, a su vez, compusiera como le fuera posible sus intemperancias. Menéndez Pelayo sonreía a veces; a veces disimulaba; a veces, cuando se amostazaba, contenía la indignación, y limitaba el desahogo a una frase de cortés ironía. Examinando toda su labor y viendo su conciencia limpia de toda falta, decía: «No creo que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños». Todas estas palabras están pesadas y dispuestas con la más escrupulosa probidad. Debe analizarse su contenido.

Había y hay, en efecto, españoles que no renunciaban a lo más absurdo de la leyenda dorada. Esos españoles querían y quieren una aproximación a botes de lanza. Americanizan con espada y broquel. Se mueven haciendo la caricatura de Cortés y Pizarro. Pelean hoy, contra los americanos, por la causa de los encomenderos, abuelos de los americanos. Andan de pajes de Vargas Machuca. Son acólitos de Ginés de Sepúlveda. Los más conciliadores se han estacionado en 1648. La generalidad está clavada en 1552. Se les ve atareadísimos buscando un dato para comprobar que Las Casas mintió, o que no escribió, o que no existió.

Había y hay otros españoles, Atlantes de la rebeldía, enemigos de la España oficial, jefes de *las juventudes* emancipadas, paladines de

innominadas libertades, que no encontrando teatro digno de ellos en un país aprisionado por los prejuicios religiosos y monárquicos, buscan el ozono del mar, y aunque sea a distancia, por medio de artículos bien pagados, llevan sus audacias a la fecunda América.

Había y hay los contemporizadores, los amigos de las medias tintas y de los trapos calientes. Son los que, para salir de apuros, juzgan las épocas con el criterio de las épocas, riéndose en el fondo de todo. Son los sacerdotes del eclecticismo, de la manga ancha, siempre que el eclecticismo y la manga ancha sirvan para amparar tergiversaciones, pero nunca cuando obliguen a una afirmación rotunda, grave y comprometedora, porque ser ecléctico no es oficio que se reduce a tener tragaderas de cachalote.

El crítico no puede pertenecer a ninguna de estas tres categorías. Menéndez Pelayo recibió el encargo académico de hacer la *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* y lo aceptó a sabiendas de que no tendría público en España y de que el de América reclamaría en fogosas protestas desconociendo su moderación y doliéndose de su severidad, viendo sólo su amor a la tradición y no comprendiendo su generosa interpretación de las que pudieran llamarse violencias antiespañolas que caracterizaron una época de la vida literaria hispanoamericana. Todo ello aparte de los personalismos y localismos, escollo en que se estrella cualquier buena intención.

El hecho de que en materia tan ingrata acertara Menéndez Pelayo, especialmente por lo que respecta a cuestiones de criterio general, indica hasta qué punto llevó su mesurado propósito de justicia. Los varones a cuya rectitud fiaba el veredicto, han hablado en términos que no admiten discusión. Todos ellos declaran que el autor procedió con inflexible honradez.

III

La probidad no es el todo. Hay otro reparo que se levanta silenciosamente contra la obra. El autor no lo dice, pero muchos lo piensan. Y muchos que no lo dicen ni lo piensan, creen allá en el fondo de lo subconsciente que Menéndez Pelayo acometió una empresa gallarda, pero infecunda, al querer historiar lo inhistoriable.

¿Hay poesía americana?

Vemos que, según Menéndez Pelayo, en España «el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad». Siendo esto así, nada más natural que el noventa y nueve por ciento de los lectores asiduos de Menéndez Pelayo tenga en santo horror la *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* como obra meri-

toria de paciencia, de resignación, de caridad acaso. Interiormente consagrarán el más piadoso de los recuerdos a don Marcelino Menéndez y Pelayo, como al protomártir de la poesía hispanoamericana.

¿Pero Menéndez Pelayo podía no ser sincero en explícitas declaraciones? ¿Por qué estimaba entre lo mejor de su pluma estas páginas americanas? Nadie escribe por deber piadoso una obra de arte. Y la *Historia de la Poesía Hispanoamericana* es ante todo un monumento de belleza. Hay en ella, sin duda, un gran caudal de saber, pero hay asimismo un caudal igualmente raudaloso de nobilísima emoción. No es posible llegar más al fondo del alma de un lector enamorado del asunto. Menéndez Pelayo lo consigue a la perfección en su libro sobre la poesía americana.

Renuncio a la tarea de resumir el contenido de una obra de crítica en que los temas son tan varios y en que tratados éstos al azar de los nombres de los poetas, por fuerza se repiten a veces y a veces quedan apenas esbozados. Si el autor hubiera escrito su libro tomando a bloques una materia, como la del género descriptivo en la poesía americana, creo que no habría estudio más popular entre los de Menéndez Pelayo, a despecho del poco favor con que el público ve las cosas de América, así en España como en la misma América. Si aparte del género descriptivo, hubiera tratado de la sátira política, del humorismo, de la imitación literaria, de los tipos regionales, Menéndez Pelayo habría hecho dar un paso de avance de medio siglo, por lo menos, a un americanismo de realidades y de verdadera eficacia. La obra no vale menos por haber seguido su autor otro procedimiento de exposición, pero las bellezas del contenido y la influencia pedagógica de los temas se han dispersado para la mayoría en la maleza de las nomenclaturas geográficas y se han atomizado en el exigente apartamiento de la cronología. En vez de una guía, necesaria para la historia de América, Menéndez Pelayo habría dejado un libro apasionante. Con todo, no podía faltarle el mérito del iniciador, aun cuando no hubiera hecho otra cosa que dar a la imprenta un rimero de notas enteramente desligadas, pues bien saben todos cuantos estudian a Menéndez Pelayo cuál es el poder sugestivo de que está dotada su palabra.

Supuesto lo anterior, yo no me propongo hacer aquí otra cosa que una simple exposición de las preciosas indicaciones contenidas en la obra de Menéndez Pelayo. De dos modos puede leerse la *Historia de la Poesía Hispanoamericana:* o vemos en ella un libro de erudición, compuesto minuciosamente, de acuerdo con un plan de divisiones geográficas, en el que lo más importante es la compilación de noticias curiosas, instructivas, útiles, y, sobre todo, exactas, salvo el coeficiente necesario de errores que encontramos cuando se hace una vasta acumulación de datos microscópicos; o bien leyendo las novecientas páginas de corrido, atendemos a la impresión de un conjunto

grandioso, del que se destacan como de la masa arquitectónica de una catedral, de una abadía o de un castillo, torres y explanadas, pórticos, estatuas, relieves, hornacinas, arboledas, jardines y fuentes. El autor hubiera podido aumentar el efecto de la totalización, siguiendo el procedimiento ambicioso, y para él más sencillo, de las disertaciones, del ensayismo, del *morceau d'éloquence*. Nadie habría podido detenerse para hacer un reparo sobre las distancias entre los zócalos de una galería de estatuas, o sobre la correspondencia de proporciones entre dos naves de una iglesia. Pero es de extrañar y de admirar que, no obstante la modestia de la idea primitiva, pues no pasa de una simple catalogación de poetas muertos, el autor hubiese sabido levantarse hasta las alturas de la gran creación estética. No tengo para qué repetir que la *Historia de la Poesía Hispanoamericana* es obra de arte purísimo, y no por insistencia, sino para fijar otro dato, afirmo que como visión de conjunto del Nuevo Continente, pocos libros aventajarán al de Menéndez Pelayo por el contenido de esta verdad íntima y dominadora que nos seduce cuando buscamos interpretaciones del alma colectiva.

Menéndez Pelayo parece recorrer toda la historia de América, y no sólo la ilumina con la antorcha de su genio crítico, sino que despierta en nosotros las emociones de lo desconocido. No creo que haya un solo americano tan inmodesto,—y más diré,—no creo que haya un solo especialista en estudios de americanismo tan cerrado a la sinceridad, que desconozca las enseñanzas de Menéndez Pelayo. Porque aun los que pretendan saber mejor la historia de América, encuentran a cada paso ideas nuevas, interpretaciones felices, fórmulas de simplificación explicativa que cierran un debate o plantean un insospechado problema.

El interés que inspiran a Menéndez Pelayo algunos temas es muy significativo, puesto que su preferencia acusa una visión más clara que la de los propios americanos, exceptuando ciertos hombres insignes que sin superarle se le igualan en esto, como don Miguel Antonio Caro, el egregio escritor de Colombia, por ejemplo. Uno de esos temas es el de la influencia aberrante de las imitaciones de lo europeo, a que luego me referiré, y el de la acción de los poetas como maestros y fundadores de civilización en países nuevos. Otro de esos mismos temas que sin volver a cada paso, como el de la imitación, no deja de repetirse, es el del falso indianismo poético. Para todos ellos encuentra el autor fórmulas adecuadas de discusión en el estudio de la propia y genuina literatura americana, reveladora de un medio geográfico, peculiar y distinto, propio del mundo americano.

Menéndez Pelayo no comete la impropiedad crítica de tratar la poesía americana como expresión literaria de sociedades viejas, sino como índice de la formación de un Mundo Nuevo. Nos interesa y cautiva cuanto dice acerca de esas obras raras, impresionantes por

las revelaciones que contienen, como la *Grandeza Mejicana* del castellano Valbuena, y la *Verdadera Historia* del soldado Bernal Díaz, autor del más prodigioso de los libros de *Memorias*, escrito por un Muntaner de Medina del Campo que iguala y eclipsa al catalán. Nos interesa y cautiva cuanto dice acerca de la monstruosa compilación de versos, poéticos y pedestres, rimados y libres, bárbaros y limadísimos, autobiográficos y simples reflejos de ajenas vidas, que escribió aquel beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos, descendiente directo del Arcipreste de Hita, hombre digno por sí solo de una larga meditación y de una monografía histórica. Nos interesa y cautiva cuanto dice acerca de la *Araucana* y del poema de Pedro de Oña; cuanto dice acerca de los cronistas de las religiones, y de todos, en suma, los que iniciaron la vida literaria de América. Pero hay algo que nos indica todavía más exactamente el grado a que llevó Menéndez Pelayo la inteligencia del valor primario, o sea del valor social de la literatura en aquellos pueblos que comenzaban a vivir. Citaré dos ejemplos, tomados de la época en que comienzan a tener vida propia los países hispanoamericanos. Uno es el caso de Bello, y otro el de un modesto civilizador que se llamaba el P. Reyes. El juicio que formula Menéndez Pelayo sobre la figura y la obra de Andrés Bello, basta por sí solo para acreditar una meditación muy honda y un conocimiento muy exacto de la múltiple acción de quien tiene derecho a ocupar el primer puesto entre los civilizadores egregios de la moderna América. «La gran figura literaria de este varón memorable,—dice Menéndez Pelayo,—basta por sí sola para honrar, no solamente a la región de Venezuela, que le dió cuna, y a la República de Chile que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino a toda la América Española, de la cual fué el principal educador por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas; indirectamente, por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo a aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de las armonías para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta...» (1) a la que Menéndez Pelayo consagra algunas investigaciones que vemos ya

(1) *Historia de la Poesía Hispanoamericana.* Victoriano Suárez. Madrid. 19... T. I., págs. 359-360.

como definitivas. Pero no por haber sido una figura humildísima fué menos admirable en sí misma, en su sentido íntimo, la del P. Reyes, y no fué Menéndez Pelayo menos justo, ni menos pródigo en elogios para el modesto clérigo que para el gran Bello. Honduras había llegado casi a la segunda mitad del siglo XIX sin literatura (1). El P. Reyes encontró un país enteramente virgen. Menéndez Pelayo se complace en pintar al benefactor de Honduras como un «modelo de virtudes sacerdotales, predicador fervoroso y elocuente, principal educador de la juventud de su país, cuya cultura le debe más servicios que a nadie, espíritu amable y benévolo que se complacía en difundir las nociones de las ciencias físicas al mismo tiempo que empleaba los prestigios de la música y de la poesía para recrear honestamente el ánimo de sus alumnos». Fraile forzadamente exclaustrado por los azares de la época revolucionaria en que vivió, el Doctor Reyes, como se le designaba desde que dejó de ser Fray José Trinidad Reyes, no podía vivir para sí mismo. Tenía que componer versos y música, instalar la primera imprenta, armar o reparar el primer piano, formar gabinetes de física, predicar, organizar fiestas populares, así sagradas como profanas, hacer, en fin, todo lo que hace el improvisador omniscio en un país donde hay que improvisar cuanto es necesario para una vida de cultura.

Versos me piden todos a manojos,

decía aquel hombre, ocupado de la noche a la mañana, de la mañana a la noche en escribir

Convites para bailes, para entierros,

haciendo los oficios del esquilón indiferente que sabe

Repicar alegre en las funciones
Y doblar melancólico por muertos...

El público no dejaba de importunarlo para todo y a toda hora.

Se me piden sainetes, pastorelas,
Cosas muy superiores a mi ingenio,
Y porque nada falte a mi destino,
También hago la música del verso.

Las inquietudes y exigencias de aquel público sencillo, dieron origen a una serie de piezas dramáticas de Noche Buena, escritas por

(1) Por vía de paréntesis recomendaré que no sonrían los que creen que las literaturas corresponden a la importancia geográfica y estadística de las repúblicas. ¿Rubén Darío no es nicaragüense? ¿Olmedo no es ecuatoriano, y no es Batres Montúfar hijo de Guatemala? Sin embargo, en Nicaragua no había habido una imprenta que como las de Méjico y el Perú sirviese de medio de acción a los hombres de empresa intelectual. Guatemala no era una Atenas en tiempo de Batres Montúfar. Quito, tan hermosa como aislada, ha sido cuna y abrigo de grandes ingenios.

el P. Reyes, serie que Menéndez Pelayo califica de «interesante prolongación en pleno siglo XIX de los viejos autos de Navidad, cuya existencia en Castilla consta desde el siglo XIII, y de los cuales ya en el XV se encuentra algún ejemplo anterior a Juan del Enzina.» Cree Menéndez Pelayo que el Dr. Reyes conocía los *Pastores de Belén*, libro de prosa y verso de Lope de Vega, y afirma que «algunos de los villancicos del autor hondureño saben a tan buen modelo». El caso del Dr. Reyes tiene entre otros el interés de su valor foclórico, y merece estudio como una de tantas supervivencias de la España del siglo XVI (1) en la América del siglo XIX. Y digo que esta es una de tantas supervivencias, porque precisamente lo más interesante del esfuerzo de vida autónoma de los países americanos cuando cortaron sus relaciones políticas con España, se halla en el renacimiento vigoroso de formas estructurales, sentimientos, ideas y tradiciones de la España de los Reyes Católicos, que parecían haber quedado sepultadas bajo la capa de las innovaciones borbónicas, y que más tarde fueron arrebatadas definitivamente o definitivamente consolidadas por las fuerzas de la vida nacional.

El humilde y casi desconocido P. Reyes nos ha traído con sus encantadores villancicos y con su piano al tema central de esta exposición.

¿Qué es lo específicamente americano en literatura? ¿Se les veda acaso a los poetas y escritores del Nuevo Mundo que escriban sobre los temas eternos, sobre las perspectivas de la vida interior, que pueden ser lo mismo rusas o francesas, de la antigüedad clásica o de los siglos medios?

Naturalmente, Menéndez Pelayo no plantea estas cuestiones con un propósito de exclusión de los americanos en todo aquello que pueda significar su participación como factores para formar las corrientes de la cultura humana, y más de una vez muestra su estimación hacia aquellos hombres que se colocan en el primer plano, aun cuando no sea sino a título de conservadores de una tradición de alta cultura. Pero el crítico exige que el escritor americano sea distintamente americano en todo aquello a que pueda llegar la influencia envolvente del medio físico y social. No quiere, en suma, que el americano sea un falso europeo. Y menos aún quiere que sea un falso americano.

Dos peligros han extraviado el americanismo literario. Uno es la imitación de formas exóticas. Otro es la falsificación de formas indígenas.

Comenzaré por este segundo fracaso del americanismo, para hablar después con mayor extensión del primero, según la exposición de Menéndez Pelayo.

---

(1) T. I, págs. 208-211.

El habitante de los países hispanoamericanos que cultiva la literatura, es ante todo un europeo de origen, es un español, pero es un europeo y un español en un medio distinto del de los autores que escriben para Europa y para España. De aquí se deducen las dos actitudes contradictorias a que lleva el concepto que el escritor tiene de su arte cuando le faltan los frenos y contrapesos de una prudente inhibición. O es indianista o es europeísta.

Menéndez Pelayo estudia el indianismo falso,—sin que ello quite méritos al autor,—en ciertas obras de don José Joaquín Pesado, quien «intentó la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (al decir suyo) cantares de más o menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcóyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe tomarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía las lenguas indígenas, y que se valió únicamente de algunos fragmentos traducidos en prosa en las antiguas crónicas, y de otros que le interpretó un indio, amigo suyo, llamado don Faustino Chimalpopoca y Galicia, el cual solía decir después que los versos de Pesado nada tenían que ver con el texto que él había dado literalmente traducido. Trátase, pues, de una inocente broma literaria, de una poesía popular mejicana, casi tan auténtica como la poesía ilírica de la *Guzla*, de Merimée. La reputación poética de Pesado nada pierde en ello; al contrario: *estas que él apellida traducciones, son en realidad de lo más original que salió de su pluma* (Montes de Oca), y, sobre todo, *son magnífica poesía* (Pimentel), no sabemos si muy azteca, pero seguramente muy emparentada por una parte con Horacio, y por otra con los libros sapienciales. Quien lea la exhortación del Rey de Tezcuco a gozar los placeres de la vida feliz, no tiene que dudar del primer origen, y quien lea los *Consejos del padre a la hija* o la *Enhorabuena en la coronación de un Príncipe*, no podrá menos de reconocer que el espíritu de la primitiva poesía didáctica y *gnómica* no le había encontrado Pesado en los jeroglíficos del Anáhuac, sino en el libro de la *Sabiduría* y en el *Eclesiastes*.

«Realmente, él era poeta bíblico y poeta clásico, y no otra cosa. Se le ha llamado ecléctico, pero el eclecticismo, que tiene un sentido bien determinado en filosofía y en ciencias sociales, no parece que pueda aplicarse del mismo modo a los poetas, cuya labor no es de selección científica de ideas, sino de creación de formas vivas. A los poetas se les juzga por su cualidad predominante y por su tendencia habitual. El hecho de haber imitado y traducido algunos versos de Lamartine nada prueba, porque ni estos versos son lo más característico de Pesado, ni Lamartine es muy romántico en la técnica, aunque lo sea muchísimo en el sentimiento. Fuera de esto, no sé yo qué poetas románticos pudieron influir en Pesado, ni es tampoco signo infalible de romanticismo el cambio de metros en una misma compo-

sición, puesto que lo hacían a cada paso esos traductores italianos del siglo XVIII que Pesado leía tanto, Evasco, Leone y Mattei, y lo habían hecho también alguna vez poetas españoles de principios de nuestro siglo, como Arriaza y Cabanyes. Pesado es, pues, poeta bíblico de segunda mano, porque no sabía hebreo, y poeta clásico de segunda mano, porque no sabía griego; lo que da muestras de saber muy bien es latín, italiano y castellano. Su clasicismo tampoco es el de nuestro siglo XVIII, ni tiene aquel género de grandeza oratoria que admiramos en Quintana, en Gallego o en Olmedo, pero está evidentemente derivado del clasicismo italoespañol del siglo XVI; su idealismo amoroso es el de los petrarquistas y no el de Lamartine, y si algún eclecticismo de forma hay, nacerá de la indecisión del poeta entre las formas amplias y rozagantes de la escuela de Herrera, y la casta y severa sencillez de la musa de Fray Luis de León.» (1)

A esta lección perfecta, el autor añade una observación de orden personal, ajena en parte a lo puramente literario de la materia, pero que trasciende a dominios más extensos, y que revela su honda, su original, su delicadísima interpretación del problema de América. «Por tales méritos y circunstancias,—concluye,—quizá la poesía de Pesado y de sus discípulos está destinada a ser en lo futuro más bien tenida y estimada por una parte de nuestro caudal clásico que del particular de la literatura mejicana, y en España se recogerá lo que en Méjico se denigra, viniendo a cumplirse así aquel triste vaticinio que estampó el mismo poeta en el prólogo a las obras de su amigo don Manuel Carpio.» Las palabras de Pesado que cita Menéndez Pelayo, son estas: «Si está escrito que Méjico, tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mejicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras suyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas a la antigua España, y conservadas allí con la ternura y el cuidado que merecen a una madre los últimos despojos de un hijo desgraciado».

Apenas si cabe dentro de lo previsible que los mejicanos pierdan su lengua materna, aun en el caso de una nueva invasión, como no han perdido ni perderán lo que de España recibieron cuantos viven desde hace tres cuartos de siglo bajo un poder extraño. Tampoco es fácil que desaparezca para siempre la autonomía nacional, no digamos ya en Méjico, pues ni la misma nación de Puerto Rico, que por su condición insular pudiera haber sido definitivamente dominada, renuncia a sus aspiraciones de unidad plenamente autónoma. Menos aún es de suponer que la raza entera reniegue de sus hombres de mérito, a pesar de momentáneos extravíos de la pasión política. Lo único que subsiste de los tristes augurios de Pesado, nacidos de un

(1) Tomo I, págs. 145-147.

pesimismo que tenía muchas razones para aferrarse al corazón de los mejicanos previsores y de los españoles amigos suyos y amantes de España, es el sentido superior de una solidaridad que aparece con frecuencia y nunca inoportunamente en las páginas americanas de Menéndez Pelayo.

IV

Por el ejemplo de sus observaciones acerca de la poesía seudo azteca, en realidad clásica y bíblica de Pesado, vemos cómo trata Menéndez Pelayo el punto de la proyección del Viejo Mundo en la literatura de América, y cómo no sólo encuentra legítimo sino laudable que los americanos acudan a las literaturas consagradas, buscando en ellas así las formas de la expresión como las corrientes vivas de la emoción humana. Los poetas a lo Pesado interesan por su melancólica suavidad, nacida de un subjetivismo que los lleva a las cosas de otros tiempos, muertas para la insensibilidad que las desconoce, pero en realidad perdurables para el arte. Con todo,—ya lo he dicho,—mayor tenía que ser el interés que en un estudio de la poesía hispanoamericana despertaran los representantes del género descriptivo. Menéndez Pelayo dió pruebas de un americanismo lleno de vigoroso entusiasmo siempre que encontró plenamente expresada, con verdad objetiva y con sentimiento del arte, la vida natural y espontánea del Nuevo Mundo.

¡Cosa singular! El más americano de los poetas de América es precisamente el más admirado de Menéndez Pelayo, el que casi desde la infancia le interesaba como caso excepcional de cultura clásica, unida a un sentimiento vital de la naturaleza en las regiones equinocciales. Así, Menéndez Pelayo llegó a ser americanista sin saberlo, por movimiento más de sensibilidad estética que de reflexión estudiosa, y fué americanista de una gran escuela. He aquí cómo nos refiere aquella aventura literaria: «Desde que casi en nuestra infancia leímos algunos versos de este poema, (sobre la vida rústica en Méjico, del guatemalteco P. Landívar), en una de las notas que puso Maury a su apéndice de la *Agresión británica*, entramos en gran curiosidad de adquirir y leer la *Rusticatio*, deseo que sólo se nos cumplió bastantes años después, por ser libro difícil de hallar, aun en Italia, donde se imprimió dos veces durante el destierro de su autor con los demás hijos de la Compañía». El P. Landivar era un enamorado de su patrio suelo, y endulzando el destierro, que no debía terminar, se dedicó a hacer en versos latinos el cuadro más completo que se conoce de la vida centroamericana, desde el valle de Méjico hasta las campiñas guatemaltecas. En este poeta, antes que en Bello y en Valbuena, aprendió Menéndez Pelayo a sentir la emoción del «vasto y riquísimo

conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa». Fué su descubrimiento personal de América. El espíritu clásico de Menéndez Pelayo se deleitaba con aquella América en latín, como se deleitaba con la América en latín de Pedro Mártir. Y en honor del poeta declara que su latín es noble, que no es latín *de colegio,* sino la lengua siempre viva, conservada en la tradición ininterrumpida de los grandes inspirados y grandes humanistas, como Fracastorio, Poliziano y Pontano. Si Landívar hubiera escrito en castellano, Bello tendría un rival, y no figuraría, solitario y aislado, con su *Agricultura de la Zona Tórrida.* Landívar describió los lagos de Méjico, los campos de Oajaca, el volcán del Jorullo, las cataratas de Guatemala, el beneficio de la cochinilla y del añil, las costumbres y palacios de los castores, el cultivo de la caña de azúcar, la cría de ganados, los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios, las corridas de toros y las peleas de gallos. Este conjunto de cuadros de un exotismo tan raro como verdadero, no se ha perdido del todo para el público, y logra un sitio en las antologías gracias a la traducción que de una parte de la *Rusticatio Mexicana* hizo «el elegantísimo Pagaza», obispo de Veracruz, autor de los deliciosos *Murmurios de la Selva,* poeta «que es sin disputa uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas». Menéndez Pelayo declara que «la Musa de Landívar era la de Virgilio rejuvenecida y transportada a la naturaleza tropical». Lo mismo exactamente dice de la de Bello, y el estudio que hace del poeta venezolano es digno de un examen detenido por el peso de las consideraciones a que se entrega el crítico, haciendo todo un tratado sobre el valor de la poesía descriptiva. Vemos que si Bello fué grande en la pintura del mundo físico, esto se debe a que por una parte no se abandonó a la improvisación fantástica, sino a que emprendió un estudio minucioso y directo de ese mundo físico, guiado por los consejos y el ejemplo de Humboldt, quien figura con pleno derecho entre los fundadores de la estética americana. Humboldt enseñó a buscar el consorcio de la literatura y de la ciencia, según el modelo del *Viaje de las regiones equinocciales* y del *Cosmos,* obras suyas, continuadoras de las de Buffon, Rousseau y Saint Pierre. Por otra parte, Bello era profunda y devotamente virgiliano. Vivía con Virgilio y lo sentía. Vivía asimismo en el comercio asiduo de Céspedes, y el poeta cordobés acabó de enseñarle «el arte exquisito de ennoblecerlo todo con los matices y tintas de la dicción poética». Nunca hubo, pues, quien aventajara a Bello como artista consciente de su técnica. Estudió todos los precedentes y todos los modelos: estudió hasta modelos inmediatos, como la Emilia de *Arriaza* y la *Agresión británica* de Maury. Bello había encontrado en este poema «el arte de la descripción americana, o a lo menos de la descripción por grandes masas», pero su triunfo consistió en «descargarla de tanta pompa y tanta retórica».

Si Bello es un hombre que ha estudiado numerosos modelos, ¿qué le queda en su haber personal? «A mi entender,—dice Menéndez Pelayo,—le queda casi todo: le queda su maravilloso estilo, del cual ha dicho el gran poeta colombiano Pombo «que es un manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro». Le queda aquel peregrino sabor, a la vez latino y americano, que al mismo tiempo que nos halaga el gusto con la quinta esencia del néctar clásico, estimula el paladar con el jugo destilado de las exóticas plantas intertropicales. En los cantos de Bello llegan a nosotros los sones de la vena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaraví* amoroso, que suena desde el lejano *tambo*, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz Austral, y se perciben en el ambiente tibio y regalado las luminosas huellas del *cocuyo* fosforescente. Le queda la fusión de lo antiguo y de lo novísimo, de la precisión naturalista y de la nostalgia del proscrito; el arte de dar cierto género de vida moral a lo inanimado, personificando al maíz, *jefe altanero de la espigada tribu*, haciendo desmayar dulcemente el banano, rendido bajo el peso de su carga; mostrándonos la solicitud casi maternal con que el *búcare* corpulento ampara a la tierna *teobroma*, y poetizando, como ya notó Caro, la lucha por la existencia en las plantas a cuyas raíces viene angosto el seno de la tierra. Y no le quedarían sólo destellos exquisitos, sino cuadros de gran composición clásica, como el incendio y la repoblación de las florestas, que por cualquier lado que se le mire es digno de las *Geórgicas*; pinturas épicas e idílicas, como la edad de oro de Cundinamarca y *el salto audaz del Bogotá espumoso*, y la montaña abierta por el cetro divino de Nenquetaba» (1).

Por lo dicho, quien haya leído distraídamente la obra de Menéndez Pelayo, y más aún quien no la haya leído, creerá que el crítico admiraba sólo un americanismo literario de alta escuela, transcripción noble y sabia, sincera y realista de la vida, si se quiere, pero siempre de tono clásico, siempre renacimiento virgiliano, siempre transcripción de las *Geórgicas*, «para cantar nuevos frutos y nuevas labores, y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo», bajo la forma de modelos descriptivos en que la dicción poética, como en Bello, Landivar y Pagaza, «llega a un grado de primor y perfección insuperables».

No; Menéndez Pelayo supo asimismo beber en el barro de la literatura indocta y silvestre, admirándola como pudo haber admirado la más delicada de las acopladuras de Bello. No es la *Agricultura de*

(1) T. I, págs. 386-387. Bello tenía el don de las invenciones felices en el arte de la expresión pintoresca. Así, Menéndez Pelayo puede citar: el carmín viviente de los nopales, los sarmientos trepadores, las rosas de oro y el vellón de nieve del algodón, las urnas de púrpura del cacao y los albos jazmines del café.

la Zona Tórrida, no es la *Rusticatio Mexicana*, no es la zampoña de los *Murmurios de la Selva* lo que él encuentra más distintamente representativo de una virgen América, sino el venero de que brota aquella *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, de Gutiérrez González, «extraño poema», dice con admiración Menéndez Pelayo: «lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas».

Según Pombo, el título no debe considerarse como una simple humorada. Gutiérrez González, sin duda, «quiso dar una broma a sus amigos y al mundo». Pero la materia era de suyo tan noble, y tan grande el ingenio del poeta, que éste no consiguió hacer de su *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* una simple algarada de localismo, sino que realizó una obra de arte, de arte bárbaro, como el de *Facundo* o el de *Martín Fierro*, y de mayor exotismo para el europeo, por cuanto el escenario no es una pampa sino una selva.

El poeta quiso que no se le entendiera sino por los antioqueños. Sobrecargó sus versos de expresiones locales, sin dignarse escribirlas con cursiva (1). Pero a pesar de todo, no sólo se le entendió y se le descifró gracias a un vocabulario especial agregado como apéndice de la obra (2), sino que se le admira en España y en toda la América Española.

Menéndez Pelayo no cree, como Cuervo, que el poema de Gutiérrez González sea virgiliano. En efecto, el poeta antioqueño «no se propone aplicar a nueva naturaleza y a nueva materia poética el arte de Virgilio... Pero como apenas hay cosa que en los antiguos no esté, a lo menos en germen, viene a encontrarse, seguramente sin conocerlo, no con la aristocrática y refinada inspiración de las *Geórgicas*, última perfección del estilo poético, sino con un vigoroso cuadro de género, titulado *Moretum*, que anda, no se sabe con qué fundamento, entre los poemas menores atribuídos a Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle que pudiéramos llomar flamenca u holandesa, se describen las faenas con que el pobre labrador Simylo *exigui cultor rusticus agri*, prepara su frugal almuerzo con ajo, apio, ruda y otras hierbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote. Dicen que el autor de este raro idilio le tradujo o imitó de otro poemita griego de Parthenio que hoy se conserva... El que haya leído y recuerde este poema..., podrá formarse idea aproximada de la poesía muy sana, robusta y confortante, pero montaraz, que constituye el mayor hechizo de la *Memoria* de Gutiérrez González. Algunas pinturas de la vida rústica en insignes novelistas modernos, en nuestro Pereda, por ejemplo, pueden servir también de tipo de comparación muy aproximado» (3).

---

(1) Yo no escribo español, sino antioqueño, dice el poeta.
(2) V. Poesías de Gregorio Gutiérrez González. Bogotá. 1881.
(3) T. II, págs. 61-63.

Añadiríamos, no a título de reparo, sino para completar la nota de Menéndez Pelayo, que el poema o *Memoria* encierra algo más que un cuadro a la holandesa, pintura minuciosa y modesta de la vida rústica. El poeta de Antioquia no describe un campo cultivado, sino la selva hirsuta y la lucha que entabla el hombre contra ella en el momento del desmonte y de la quema. Es la agresión primera, la acometida más brava de la civilización, que con treinta peones semidesnudos rompe la maleza para derribar después los árboles gigantescos de una virgen América. Y si bien es verdad que encontramos la glorificación del maíz, no como *jefe altanero de la espigada tribu*, presentándose para una revista, con su hueste en formación de batalla, sino en la mesa antioqueña donde se comen los frisoles, la mazamorra y las arepas; si es verdad que el poeta, enternecido, no olvida las natillas, el moto y los tamales, no nos habla como un autor de idilios, sino como un propagandista, como un patriota que defiende el derecho a no transigir

con algunos petulantes
Que sólo porque han ido a tierra ajena
Y han comido jamón y carnes crudas
De su comida y su niñez reniegan.

El poema ha empezado como epopeya y acaba como himno. Ha empezado hablando de los árboles que

sacuden sus bejucos
Cual destrenzada cabellera rubia,
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente en su vaivén perfuman;

ha comenzado hablando de la lucha en la que entran los peones

Cantando a todo pecho la guavina,
Canción sabrosa, dejativa y ruda;
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fué su cuna,

para concluir con su salve a la arepa y a la bebida popular, fermentada en tarros, remedio del calor: ¡a la chicha antioqueña!

V

Menéndez Pelayo nunca deja de mostrar cuánto le complacen los dones de la originalidad. Vemos en su análisis de la obra de Pedro de Oña, por ejemplo, que después de alabar todas las excelencias del *Arauco domado*, demuestra que el poeta ni es épico, a pesar de su relación directa con los acontecimientos, ni es americano para

el arte, aunque nacido en América. Y advierte que «en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América, y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituída por los bosquecillos cortados a tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo, descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda o convencional, propia, a lo sumo, del Mediodía de Italia o de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos o peruanismo de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su *frasis, lengua y modo.* El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto V, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga o en un poema mitológico; pero, ¿quién, si se detiene un poco a considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras, poblado de gamos, jabalíes y venados; mientras el blanco cisne pasea por la ribera, y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y, en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido a su sombra. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros, y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes». (1)

Tampoco se podrá decir,—lo repito,—que Menéndez Pelayo exija de los americanos un americanismo a toda costa. Ya vimos que les permite beber en las fuentes de los libros sapienciales, en las de los clásicos de Grecia y Roma, en las de los modelos petrarquistas y aun en las del neoclasicismo y del romanticismo, español o francés; pero lo que nunca admitió ni toleró fué, por un lado, ya lo he dicho, el americanismo a fuerza de mazo y escoplo, como rechazó, por el otro lado, las formas ajenas de sentimiento y de expresión que no fueran modelos para la propia y espontánea fuerza creadora, sino muletillas de cacoquimios.

(1) T. II, págs. 314-317.

Estuvo muy lejos de creer que la realización de la belleza hubiera de conseguirse a expensas de los destellos interiores del alma. Por otra parte, con harta desenvoltura hace mofa de la falsa poesía nacional, formada de héroes indígenas, conservados en salmuera zorrillesca (hoy sería parnasiana), como cuando nos habla de aquel poeta de los siboneyes, cantor

de las vírgenes tostadas
De esbeltos talles y de negros ojos
Que vivieron al son de las cascadas
Bajo el ancho dosel de los corojos.

Aquel poeta lo era por su pequeña colección de sustantivos indígenas aprovechables para la rima, como se puede ver examinando la descripción del medio en que desenvolvían su inocente actividad las vírgenes tostadas, con sus padres, hermanos y pretendientes:

Allí en pobres y rústicos caneyes
Tranquilos habitaron los behiques,
Las vírgenes cubanas, los caciques,
Una familia, en fin, de siboneyes.

Este empeño de indianismo sin fondo ni objeto, que dió lugar a aquella burleta:

Me gusta la piña,
Me gusta el mamey.
Yo soy de Bayamo,
Yo soy siboney,

forma uno de los dos polos de la despersonalización literaria en América. El otro polo es el prurito que ayer se llamaba huguismo o zorrillismo, y que hoy se arrastra a los pies de otros ídolos de la moda, algunos de ellos no de metal, noble o plebeyo, sino de porcelana.

«En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de don Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical,—dice Menéndez Pelayo refiriéndose a estos imitadores afrancesados,—prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué como, en son de independencia, vinieron a perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta.» (1)

En una historia de la *Poesía hispanoamericana*, las palabras transcritas plantean una cuestión cuya importancia excede los límites de la discusión exclusivamente estética. Estamos en presencia de una

(1) T. I, pág. 289.

verdadera desnacionalización, de un descastamiento, y más diría, de una emasculación. «En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla». Exacto; pero pudo haber añadido Menéndez Pelayo que hablar, sentir y pensar en un idioma extraño es no hablar, ni sentir, ni pensar. Porque el hombre de nuestra raza nunca deja de ser un inferior para el francés, que lo explota y lo domina por la fascinación. La prosa francesa no es vehículo de ideas, y el verso francés no es vehículo de sentimiento cuando no hay reacción personal en quien los acoge: son champaña que se bebe sin medida y que se sube mucho a la cabeza. Lo que dice París tiene carácter de verdad inatacable, y si es contra España o contra la América Española, se consagra como un dogma. No van estos hipnotizados al foco de la luz para encender llamas de verdad, amor y belleza en el espíritu, sino para girar locamente, como mariposas o como los insectos nocturnos de Montmartre.

España es cliente; la América de ella nacida lo es más aún. Hay en esto una obstinación que desalentaría si bajo el aspecto de las manifestaciones de coloniaje, no sintiéramos la corriente profunda de las fuerzas silenciosas que acabarán por hacernos independientes de los demás. Lejos de mí el pensamiento de que nos uniremos por el odio contra gentes de distinta conformación. Y más lejos aún de mí el pensamiento de que debamos rechazar las ondas frescas de la cultura extraña. Apartemos la soberbia, pero nada aprenderemos y nada seremos si nos es imposible sentir que la modestia encuentra sus límites en el decoro, y que el decoro no es otra cosa sino el sentimiento de la personalidad.

Menéndez Pelayo supo atacar con decisión admirable el prurito de la mutua deturpación a que nos entregamos españoles y americanos durante el siglo que duró nuestra triple borrachera de imposturas históricas formadas con dos o tres compases de la Marsellesa, diez comentarios de periodistas sobre las libertades británicas y algún mal entendido capítulo de Tocqueville acerca de la democracia yanqui de 1830. El crítico, sereno y fuerte, sin atender a los gritos demagógicos ni a los improperios de la canalla absolutista, robó algunos de los mejores años de su labor a la tarea gigantesca que fué el encanto de su hermosa vida para tender un puente de verdad y belleza entre la fecunda España de los Pinzones y la España joven que cortan los Trópicos.

CARLOS PEREYRA.